

EL HOMBRE OLVIDADO*

William Graham Sumner

Uno de los signos de nuestro tiempo es el tratamiento de los asuntos sociales. Cada persona posee alguna experiencia sobre ellos o hace observaciones al respecto. Probablemente son los que han despertado más interés, si se exceptúan las cuestiones relacionadas con la salud. Y, como éstas, han sido muy afectados por el dogmatismo y la cruda especulación. Los aficionados en materia de ciencias sociales preguntan siempre: ¿Qué podemos hacer? ¿Qué haremos con el Vecino A? ¿Cómo podremos ayudar al Vecino B? ¿Cómo lograremos que el Vecino A ayude al Vecino B? Es algo excelente planificar y discutir teorías abarcadoras y generales que pueden aplicarse ampliamente. Los aficionados siempre planean utilizar al individuo para algún propósito social constructivo y razonado, y usar a la sociedad para algún propósito individual constructivo y razonado. Para A, sentarse y pensar: ¿qué haré?, es algo común; pero pensar en aquello que debe hacer B es a la vez interesante, romántico, ético, halagüeño para él mismo y alentador para los demás. Satisface en forma simultánea un gran número de debilidades humanas. Ir aun más allá y planificar lo que toda una clase de personas debe hacer es sentirse poderoso, ocupar una posición pública, revestirse de dignidad. Por lo tanto, existe una oferta ilimitada de reformadores, filántropos y aspirantes a administradores de la sociedad.

Cada hombre y cada mujer tiene un gran deber para con la sociedad, y es cuidar de sí mismo. Ése es un deber social. Porque, afortunadamente, las cosas están dadas de tal manera que el deber de hacer lo mejor por uno mismo como individuo no es diferente del de desempeñar un papel social; ambos son una y la misma cosa, y se cumple con lo segundo cuando se ha logrado lo primero. Sin embargo, es común creer que se tiene un deber para con la sociedad como si fuera algo separado y especial, y que este deber consiste en considerar y decidir lo que los otros deben hacer. Ahora bien, el hombre que puede hacer algo por otra persona que no sea él mismo está capacitado para ser un jefe de familia, y cuando llega a serlo empieza a tener deberes para con su esposa y sus hijos que se suman a aquel primer gran deber. Entonces, nuevamente, el hombre que puede cuidar de sí mismo y de su familia estaría en una posición realmente excepcional si no encontrara en su entorno inmediato personas que necesitan de su atención y que pueden hacerle algún tipo de demanda personal. Si, en este momento, puede encargarse de todo esto y cuidar de cualquier persona fuera de su familia y de aquellos que dependen de él, debe poseer un exceso de energía, sabiduría y virtud moral que van mucho más allá de lo que necesita para satisfacer sus propios requerimientos. Pero esto no lo tiene ningún hombre, ya que una familia es una responsabilidad capaz de desarrollarse infinitamente, y nadie puede cumplir con su deber hasta el punto en que una familia puede reclamárselo ni puede beneficiar a la sociedad de mejor manera que dedicando sus servicios, cualesquiera que sean, a su familia. Sin embargo, no insistiré sobre esto. Me limito a reiterar que un hombre que se propone cuidar a otras personas debe haber cuidado antes, hasta cierto punto, de sí mismo y de su familia, y debe poseer una reserva de energía aún no utilizada. Ocuparse de los asuntos de otras personas' significa un riesgo doble.

* Escrito originalmente en 1883; publicado por Yale University Press en 1925. Permiso otorgado para traducir y publicar en *Libertas*.

En primer lugar, el de desatender los propios; y segundo, el de interferir de manera impertinente en las cuestiones ajenas. Los "amigos de la humanidad" casi siempre corren esos peligros. Formo parte de la humanidad y no deseo tener amigos que se ofrezcan voluntariamente como tales. Considero que la amistad es mutua y quiero expresar mi opinión acerca de ello. Supongo que otros miembros de la humanidad piensan de la misma manera que yo. Si es así, seguramente creen que alguien que asume el papel de amigo de la humanidad es un impertinente. El paso siguiente es, obviamente, pedirle que se dedique a sus propios asuntos.

Sin embargo, quienes están convencidos de que se debe vivir de un modo determinado porque ésta es una actitud sabia y conducente a la felicidad, y tratan de obligar a otros a hacerlo, constituyen una molestia constante e importunan sin cesar a los legisladores. Algunos han decidido que hay que pasar los domingos de cierta manera y desean la promulgación de leyes que obliguen a todos a hacerlo así. Otros han resuelto ser abstemios y quieren una ley por la cual todos deban ser abstemios. Hay quienes han decidido privarse de todo lujo y reclaman impuestos que obliguen a los otros a actuar del mismo modo. Y los reformadores están siempre listos para fijar impuestos. En ocasiones la reforma que proponen tiene un elemento de egoísmo, como, por ejemplo, en el caso de un editor que desea la imposición de un gravamen sobre los libros para evitar que los norteamericanos lean obras que puedan trastornar las instituciones norteamericanas; o en el del artista que solicita un impuesto sobre los cuadros para que sus compatriotas no compren malas pinturas.

No me referiré aquí al consejo o ayuda mutuos. El carácter sagrado de la relación que se establece entre dos hombres cuando uno de ellos ha salvado a otro de las garras del vicio desvincula totalmente a esa relación del trabajo del entrometido social, el filántropo profesional y el legislador empírico.

El médico social aficionado es como el médico aficionado: siempre comienza con la aplicación de *remedios*, y lo hace sin haber realizado diagnóstico alguno y sin ningún conocimiento de la anatomía o la fisiología de la sociedad. Jamás duda de la eficacia de sus remedios, ni toma en cuenta los efectos secundarios que éstos pueden producir. Por lo general no lo inquieta ni un ápice el hecho de que su remedio implique una reconstrucción completa de la sociedad, o aun una reconstitución de la naturaleza humana. Lo único que se puede hacer contra toda esta charlatanería social es decirles a los charlatanes que se ocupen de sus propios asuntos.

Los médicos sociales experimentan la satisfacción de sentir que su conducta es más moral o más justa que la de sus semejantes.

Tienen la capacidad de darse cuenta de lo que los demás deben hacer, aun cuando éstos no lo ven. Pero al analizar más a fondo su trabajo se advierte que son más ignorantes y presuntuosos que otras personas. Hay muchos problemas e injusticias sociales que es preciso combatir. Estamos rodeados por la pobreza, el dolor y el infortunio, contra los cuales luchamos sin cesar. El individuo es el centro de esperanzas, sentimientos, deseos y sufrimientos. Cuando muere, la vida cambia de forma, pero no se detiene. Esto significa que la persona -el centro de todas las esperanzas, sentimientos, etc.-, después de haber combatido hasta sus últimos límites, sabe con certeza que al fin habrá de sucumbir. Por lo tanto, en lo que respecta a las penurias humanas, tenemos que seguir luchando con todas nuestras fuerzas para vencerlas, a despecho de los médicos sociales, y debemos soportar aquello que no podemos curar. Pero hemos heredado un gran número de males sociales que nada tienen que ver con la naturaleza: los complejos productos de todas las chapucerías, embrollos y desatinos realizados en el pasado por los médicos sociales. Esos productos de la charlatanería social se ven reforzados ahora por el hábito, la moda, el prejuicio, el pensamiento trivial y nuevas charlatanerías en la economía política y en la ciencia social. Merece destacarse que, precisamente cuando parece haber un resurgimiento de la fe en la gestión legislativa, nuestros estados generalmente están tomando medidas contra los males reconocidos que origina el exceso de legislación, y lo hacen ordenando que las legislaturas sólo se reúnan año por medio. Durante los tiempos difíciles, cuando el Congreso tenía realmente la oportunidad de crear el bienestar público o de echarlo a perder, la clausura de las sesiones de ese cuerpo legislativo era recibida año tras año con ostensibles muestras de alivio después de una gran ansiedad. Las mayores reformas que

podrían realizarse ahora serían la anulación de lo hecho por los estadistas en el pasado, y la mayor dificultad para llevarlas a cabo consiste en encontrar el modo de hacerlo sin lesionar aquello que es natural y sano. Todos estos perjuicios fueron ocasionados por hombres que se sentaron a pensar en esta cuestión (tal como lo expresó una vez uno de sus discípulos): ¿Qué tipo de sociedad queremos constituir? Una vez solucionado *a priori* este problema, a su entera satisfacción, se dedicaron a construir la sociedad que consideraban ideal, y ahora estamos sufriendo las consecuencias. La sociedad humana trata de adaptarse, dificultosamente, a las condiciones que se le presentan, cualesquiera que sean. Así, hemos andado a los tumbos hasta que nos acostumbramos a ellas, tal como el pie se adapta a un zapato mal hecho. Después, llegamos a pensar que las cosas debían ser así, y es cierto que el cambio a una situación normal y sana resulta doloroso por un tiempo, del mismo modo que el hombre cuyo pie ha sido deformado sufre cuando trata de usar un calzado adecuado. Por último, hemos producido un sinnúmero de economistas y filósofos sociales que han inventado sofismas para adaptar nuestro pensamiento a los hechos distorsionados. En consecuencia, la sociedad no necesita ningún cuidado o supervisión. Si queremos desarrollar una ciencia social basada en la observación de los fenómenos y en el estudio de las fuerzas actuantes, tenemos que ir ganando terreno lentamente hasta que logremos eliminar los viejos errores y restablecer un orden social sano y natural. Sea lo que fuere que logremos procediendo de esta manera, debemos lograrlo a partir del crecimiento, y jamás por una reconstrucción de la sociedad sobre la base del plan de un arquitecto social entusiasta. Esto sólo significaría reiterar los antiguos errores y posponer todas nuestras oportunidades de obtener un auténtico mejoramiento. La sociedad necesita ante todo verse libre de estos entrometidos, es decir, necesita que la dejen sola. Entonces, volvemos una vez más a la antigua doctrina del *laissez-faire*, lo que, traducido, significa: Océpese de sus propios asuntos. No es otra cosa que la doctrina de la libertad. Cada hombre debe ser feliz a su manera. Si su esfera de acción y sus intereses chocan con los de cualquier otro hombre, serán necesarios la transacción y el ajuste. Hay que esperar la ocasión, no tratar de generalizar esas interferencias o planificarlas *a priori*. Contamos con leyes e instituciones que fueron evolucionando a medida que se producían las oportunidades de ajustar los derechos. Se debe dejar que ese proceso continúe. Mantener la mayor reserva e interferir lo menos posible en él, y no aprovechar ninguna coyuntura para obstaculizar los ajustes naturales, comprobando primero, lenta y pacientemente, si éstos no se producen a través del juego de intereses y las concesiones voluntarias de las partes.

Como lo he dicho, tenemos una economía política y una ciencia social empíricas que se adecuan a las distorsiones de nuestra sociedad. Con respecto a esto, la prueba empírica está constituida por la actitud que se adopta hacia el *laissez-faire*. No hay duda de que un filósofo que se apresta a proponer una nueva solución para los problemas universales se sentirá herido en su vanidad si le decimos que se ocupe de sus propios asuntos. Nos responderá que estamos equivocados si creemos que dejando que las cosas sigan su curso lograremos la felicidad perfecta en este mundo. El hombre que se encuentra a mitad de camino (el socialista profesional) estará de acuerdo con él. Ambos menearán la cabeza solemnemente y nos dirán que el filósofo está en lo cierto, que jamás lograremos la felicidad perfecta dejando correr las cosas. Detrás de todas estas mentiras está la falacia -jamás expresada, pero que constituye realmente el punto más importante- de que *si* obtendremos la felicidad perfecta si nos ponemos en manos del reformador del mundo. Nunca hemos supuesto que el *laissez-faire* nos daría la felicidad perfecta, que consideramos totalmente fuera de nuestro alcance. Si los médicos sociales no intervinieran, nuestras únicas tribulaciones serían las que corresponden al ámbito de la naturaleza, aquellas que soportamos o combatimos en la medida de nuestras fuerzas. Todo lo que queremos es que los amigos de la humanidad no las aumenten. Los males que nos inflige nuestro prójimo por malicia o por impertinencia nos provocan una disposición de ánimo muy diferente de la que nos producen aquellos que son inherentes a las condiciones de la vida del hombre.

El requerimiento de que cada uno se ocupe de sus propios asuntos es puramente negativo e improductivo pero, tal como están en este momento las cuestiones sociales, es un principio sociológico de primera importancia, sobre el cual podría desarrollarse un muy

importante sistema filosófico.

La mayoría de los proyectos filantrópicos o humanitarios se ajustan al siguiente esquema: *A* y *B* se reúnen para decidir lo que *C* debe hacer por el bien de *D*. Todos los esquemas de este tipo están viciados radicalmente, desde el punto de vista sociológico, por el hecho de que a *C* no se le permite opinar acerca del asunto, y de que su posición, su carácter y sus intereses, así como los efectos que se producirán sobre la sociedad por su conducto, se pasan totalmente por alto. *C* es lo que yo llamo el Hombre Olvidado. Por una vez, siquiera, pensemos en él y consideremos su caso, ya que todos los médicos sociales tienen la característica de concentrarse sobre algún hombre, o grupo de hombres, cuya situación despierta simpatía y estimula la imaginación, y planifican sus remedios para tratar ese problema en particular; lo que no comprenden es que todas las partes de la sociedad están unidas, y que las fuerzas que se ponen en movimiento accionan y reaccionan a través de todo el organismo, hasta que se alcanza un equilibrio mediante el reajuste de todos los intereses y de todos los derechos. Por lo tanto, ignoran totalmente cuál es la fuente de la que deben extraer la energía que emplean en sus remedios y pasan por alto todos los efectos que éstos producirán sobre los demás miembros de la sociedad, ya que sólo tienen en cuenta los que les interesan. Están dominados por la superstición del gobierno y, olvidando que éste no produce nada en absoluto, pierden de vista lo primero que deberían recordar al hacer cualquier análisis social: que el estado no puede obtener un céntimo de ningún hombre sin quitárselo a otro, y este último es quien lo ha producido y ahorrado: el Hombre Olvidado.

Los amigos de la humanidad parten de ciertos sentimientos benévolos hacia "los pobres", "los débiles", "los trabajadores" y otros a quienes hacen sus favoritos. Generalizan estas clases y las tornan impersonales, con lo cual las convierten en mascotas sociales. Luego se vuelven hacia las otras clases y apelan a su simpatía, a su generosidad y a cualquier otro sentimiento noble que albergue el corazón humano. La acción que proponen es una transferencia de capital de aquellos que están en mejor situación hacia los que están peor. Sin embargo, el capital es la fuerza que mantiene y lleva adelante la civilización. Una misma parte de capital no puede usarse de dos maneras diferentes. Por lo tanto, cada porción de capital que se le da a un miembro inútil e ineficiente de la sociedad, que no la hace rendir ganancias, se aparta de un uso reproductivo; pero si se la destinara a un uso reproductivo, le sería concedida, en forma de salario, a un trabajador eficiente y productivo. Por ende, el que realmente sufre a causa de una benevolencia semejante, que consiste en gastar capital para proteger a los inservibles, es el trabajador diligente. Pero no obstante, jamás se piensa en él en cuanto a esto. Se da por sentado que tiene lo que necesita y se hace caso omiso de él. Esto únicamente demuestra cuan poco se han popularizado hasta ahora las verdaderas ideas sobre economía política. Existe un prejuicio casi invencible, según el cual el hombre que da un dólar a un pordiosero es generoso y tiene buen corazón, pero el que rechaza al mendigo y pone el dólar en una cuenta de ahorro es mezquino y despreciable. El primero está poniendo capital allí donde lo más seguro es que se lo desperdicie, y donde será algo así como la semilla de donde surgirá una larga serie de dólares futuros que desperdiciará para evitarse la violencia de rechazar el pedido de ayuda, pese a la compasión que experimenta. Puesto que el dólar podría haber sido transformado en capital y entregado a un trabajador que, al ganarlo, lo estaría reproduciendo, podría considerarse que se le está quitando a éste. Cuando un millonario le da un dólar a un mendigo, la ganancia que este último obtiene es enorme, y la pérdida de utilidad para el millonario es insignificante. Por lo general el análisis se detiene en este punto. Pero si el millonario convirtiera ese dólar en capital, lo pondría en el mercado de trabajo en forma de demanda de servicios productivos. Por lo tanto, hay otra parte interesada, a saber, la persona que presta servicios productivos. Siempre hay dos partes, y la segunda es, siempre, el Hombre Olvidado, y todo aquel que quiera comprender realmente este tema debe buscar a este Hombre Olvidado. Al encontrarlo, comprobará que es digno, laborioso, independiente y que se mantiene con sus propios recursos. No es, técnicamente, "pobre" o "débil"; se ocupa de sus propios asuntos, y lo hace sin quejarse. En consecuencia, los filántropos nunca piensan en él y lo desprecian. Conocemos la existencia de innumerables programas destinados a "mejorar la situación de los trabajadores". En los Estados Unidos, cuanto menos calificado es el trabajador,

mayores ventajas goza con respecto a las clases altas. Un peón de albañil o un hombre que cava la tierra con un azadón puede exigir, por un día de trabajo, muchas veces lo que cobran por día un carpintero, un agrimensor, un tenedor de libros o un médico; gana, pues, mucho más de lo que percibe por día en Europa un trabajador no calificado. En menor grado, lo mismo se aplica al carpintero, en comparación con el tenedor de libros, el agrimensor o el médico. Por esa razón los Estados Unidos son un gran país para los trabajadores no calificados. Todas las condiciones económicas favorecen a esa clase. Hay un gran continente cuyas tierras deben ser ganadas para el cultivo, y un suelo fértil en el cual es posible trabajar prácticamente sin invertir capital. Por ende, lo que más se necesita son hombres fuertes y, a menos que se la considere desde el punto de vista social, la educación superior no produce ganancias. Siendo así, al trabajador no le hace falta que mejoren sus condiciones, sino sólo que lo liberen de los parásitos que medran a su costa. Todos los programas que se proponen para proteger a las clases trabajadoras traslucen una arrogante condescendencia. Son impertinentes y están fuera de lugar en esta democracia libre. En realidad, no existe ningún estado de cosas ni de relaciones que hagan apropiados este tipo de proyectos, que en definitiva desmoralizan a ambas partes, halagando la vanidad de una y debilitando paulatinamente el autorrespeto de la otra.

Para lo que nos proponemos aquí, lo más importante es darse cuenta de que para elevar a cualquier hombre debemos tener un punto de apoyo, o punto de reacción. En lo que respecta a la sociedad, esto significa que para elevar a cualquier hombre debemos hacer bajar a otro. Los programas destinados a mejorar la situación de las clases trabajadoras interfieren en la competencia recíproca entre los trabajadores. Los beneficiarios son elegidos por favoritismo, y probablemente aquellos cuyo lenguaje o conducta los hacen recomendables para los amigos de la humanidad no sean los que demuestren independencia o energía. Los que experimentan la consiguiente depresión debido a la interferencia son los independientes y los que tienen confianza en sí mismos, a quienes una vez más se los olvida o se los pasa por alto; y los amigos de la humanidad aparecen de nuevo, en su celo por ayudar a alguien, despreciando a los que tratan de ayudarse a sí mismos.

Los sindicatos se valen de diversos mecanismos para elevar los salarios, y los que se dedican a practicar la filantropía sienten interés por ellos y desean que tengan éxito. Se concentran por entero en los trabajadores que por el momento *están* ocupados, y no toman en cuenta a ningún otro *trabajador* que pueda estar interesado en esa profesión. Se supone que la lucha está entablada entre los trabajadores y sus empleadores, y se cree que nuestras simpatías deben estar del lado de los primeros, sin sentir responsabilidad alguna por nada más. Sin embargo, pronto se advierte que el empleador suma el riesgo que representan los sindicatos y las huelgas a los demás riesgos de su empresa, y se lo toma filosóficamente. Si vamos aun más lejos, veremos que si se lo toma así es porque ha traspasado la pérdida al público. Entonces se hace evidente que el bienestar público ha disminuido, y que el peligro de una guerra entre empresarios y trabajadores, como el peligro de una revolución, representa una reducción constante del bienestar de todos. Hasta ahora, sin embargo, sólo hemos visto aquellas cosas que pueden hacer *bajar* los salarios, y ninguna que pueda elevarlos. El empleador se preocupa, pero eso no eleva los salarios. El público pierde, pero la pérdida cubre los riesgos adicionales, y eso tampoco eleva los salarios.

Un sindicato eleva los salarios limitando el número de aprendices que pueden ingresar en un determinado oficio. Este mecanismo actúa directamente sobre la oferta de trabajadores, y así ejerce efecto sobre los salarios. Sin embargo, si el número de aprendices se limita, se deja fuera a algunos que desearían entrar. En consecuencia, los que están dentro forman un monopolio y constituyen una clase privilegiada sobre una base exactamente análoga a la de las antiguas aristocracias privilegiadas. Pero sea lo que fuere que ganen los que están dentro debido a este arreglo, lo ganan a costa de una pérdida mucho mayor por parte de quienes han quedado excluidos. Por ende, cuando los sindicatos ejercen presión para elevar los salarios no lo hacen sobre los empleadores ni sobre el público, sino sobre otros miembros de la clase trabajadora que desean desempeñar los oficios pero, al no poder hacerlo, pasan a integrar la clase de los trabajadores no calificados. Sin embargo, a estas personas se las ha ignorado por completo

en todas las discusiones sindicales. Son los Hombres Olvidados. Pero, si desean desempeñar una ocupación y ganarse la vida con ella, es justo suponer que tienen condiciones para hacerlo, que lo harían con éxito y que así se beneficiarían a sí mismos y a la sociedad; es decir que, de todas las personas a quienes interesa o incumbe esta cuestión, éstas son las que más merecen nuestra simpatía y nuestra atención.

Los casos mencionados no involucran la legislación. Sin embargo, la sociedad mantiene un servicio de policía, alguaciles y diversas instituciones con el objeto de proteger a la gente contra sí misma, es decir, contra sus propias faltas. Lo que se consigue realmente con casi todos los esfuerzos legislativos para evitar el vicio es protegerlo, dado que todas esas leyes liberan al vicioso del castigo que le corresponde por su vicio. Los remedios que la naturaleza pone al vicio son terribles, ya que elimina a las víctimas sin piedad. Un borracho caído en el arroyo está precisamente donde debe estar, de acuerdo con la disposición y la tendencia de las cosas. La naturaleza ha puesto en marcha en él el proceso de declinación y disolución mediante el cual elimina las cosas que ya no tienen utilidad. El juego y otros vicios menos mencionables tienen en sí mismos su propio castigo.

Ahora bien, nunca podemos suprimir un castigo; sólo podemos desviarlo del hombre que ha incurrido en él para hacerlo recaer en aquellos que no lo merecen. Precisamente en esto consiste gran parte de lo que se denomina "reforma social". La consecuencia es que aquellos que han errado el camino y se han apartado de la férrea disciplina de la naturaleza van de mal en peor, y la carga que deben soportar los demás es cada vez más pesada. ¿Quiénes son los demás? Cuando vemos a un borracho tirado en el arroyo sentimos compasión por él. Si un policía viene a sacarlo de allí, decimos que la sociedad ha intervenido para evitar que perezca. La palabra "sociedad" es hermosa y nos ahorra el trabajo de pensar. El hombre sobrio y trabajador, a quien se multa con un porcentaje de su salario diario para pagar al policía, es quien soporta el castigo. Pero él es el Hombre Olvidado. Pasa de largo y nadie repara en él, porque se ha comportado bien, ha cumplido sus promesas y no ha pedido nada.

Todas las leyes prohibitorias, suntuarias y moralizadoras contienen la misma falacia. *A* y *B* deciden ser abstemios, lo cual suele ser una determinación sabia, y a veces necesaria. Si *A* y *B* están motivados por consideraciones que les parecen buenas, esto es suficiente. Pero *A* y *B* se reúnen para proponer que se promulgue una ley que obligue a *C* a ser abstemio por el bien de *D*, quien corre peligro de beber demasiado. No se ejerce presión alguna sobre *A* y *B*, quienes hacen lo que consideran correcto y les gusta. Rara vez la hay sobre *D*, a quien eso no le gusta y lo evita. Toda la presión recae sobre *C*. Y entonces surge la pregunta: ¿Quién es *C*? Es el hombre que utiliza las bebidas alcohólicas con cualquier propósito honesto, que hace uso de su libertad sin abusar de ella, que no provoca problemas públicos y no molesta a nadie. El es, nuevamente, el Hombre Olvidado, y tan pronto como lo saquemos de la oscuridad en que está sumido veremos que es precisamente lo que cada uno de nosotros debería ser.